UNE ✦ SACRA

Profecías y Videntes

El Secreto de La Salette

✦ ✦ ✦

Mélanie Calvat (Sor María de la Cruz)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Mélanie Calvat (Sor María de la Cruz)
Fecha	1879 (aparición de 1846)
Idioma original	Francés
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir del francés
Fuente	Internet Archive — Le Secret complet de la Salette, publié par Mélanie de la Salette (Louvain, J. Lefever, 1881), reimpressão do texto de Lecce, 1879
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El 19 de septiembre de 1846, dos jóvenes pastores, Mélanie Calvat, de 14 años, y Maximin Giraud, de 11, dijeron haber visto a una Señora luminosa, que lloraba, en una ladera de los Alpes franceses sobre el pueblo de La Salette.

Ella habría hablado del descanso del domingo, de las blasfemias y de la pérdida de las cosechas, y habría dado a cada uno un secreto.

En 1851, el obispo de Grenoble reconoció la aparición como digna de crédito, y los niños escribieron sus secretos para el papa Pío IX.

Este es el relato que Mélanie, ya religiosa con el nombre de Sor María de la Cruz, escribió en Castellammare en 1878 y publicó en Lecce, Italia, en 1879, con el imprimatur de la diócesis: la víspera de la aparición, el discurso de la Señora, el secreto entero tal como ella lo presentaba, la partida de la Señora, los primeros días después y una larga descripción de la Virgen.

El secreto, lleno de anuncios de castigos, críticas duras al clero y profecías sobre el anticristo, causó gran polémica: muchos obispos y teólogos lo rechazaron, otros lo defendieron,

y en 1923 el Santo Oficio condenó una reedición del texto.

El texto de 1879 es mucho más largo que los secretos de 1851, que se encontraron de nuevo en los archivos del Vaticano en 1999.

El texto francés procede de la reimpresión de Lovaina (1881), que reproduce la edición de Lecce; aquí están solo el relato y las firmas, sin el prefacio ni las cartas añadidas por el editor.

La Regla de la nueva Orden religiosa, que Mélanie dice haber recibido, no viene transcrita en el relato. Se presenta como documento histórico, sin tomar partido en la controversia.

Fuente: https://archive.org/details/LeSecretCompletDeLaSaletteMelanieDeLaSalette

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO I

✦

1 El 18 de septiembre, víspera de la santa Aparición de la Santísima Virgen, yo estaba sola, como de costumbre, cuidando las 4 vacas de mis amos. Hacia las 11 de la mañana vi venir hacia mí a un muchacho. Al verlo me asusté, porque me parecía que todo el mundo debía saber que yo huía de toda compañía.

1.2 El niño se acercó a mí y me dijo: «Pequeña, vengo contigo, yo también soy de Corps.» Al oír estas palabras, mi mal genio se mostró enseguida y, dando unos pasos atrás, le dije: «No quiero a nadie, quiero quedarme sola.» Después me alejé, pero el niño me seguía diciéndome: «Anda, déjame estar contigo, mi amo me dijo que viniera a cuidar mis vacas con las tuyas; soy de Corps.»

1.3 Yo me alejé de él, haciéndole señas de que no quería a nadie, y, después de alejarme, me senté en la hierba. Allí conversaba con las florecitas del Buen Dios. Un momento después miro hacia atrás y encuentro a Maximino sentado muy cerca de mí. Me dijo enseguida: «Déjame quedarme, seré muy bueno.» Pero mi mal genio no quiso entrar en razón.

1.4 Me levanto deprisa y huyo un poco más lejos sin decirle nada, y me puse otra vez a jugar con las flores del Buen Dios. Un instante después, Maximino estaba otra vez allí diciéndome que sería muy bueno, que no hablaría, que se aburriría de estar solo y que su amo lo enviaba conmigo, etc....

1.5 Esta vez me dio lástima, le hice señas de que se sentara y yo seguí con las florecitas del Buen Dios.

2 Maximino no tardó en romper el silencio; se echó a reír (creo que se burlaba de mí); lo miro y me dice: «Divirtámonos, hagamos un juego.» No le respondí nada, porque era tan ignorante que no entendía nada de jugar con otra persona, pues siempre había estado sola.

2.2 Yo me divertía sola con las flores, y Maximino, acercándose del todo a mí, no hacía más que reír diciéndome que las flores no tenían orejas para oírme y que debíamos jugar juntos. Pero yo no tenía ninguna inclinación por el juego que me decía que hiciéramos.

2.3 No obstante, me puse a hablar con él, y me dijo que los diez días que debía pasar con su amo iban a terminar pronto y que después se iría a Corps, a casa de su padre, etc.... Mientras me hablaba, se oyó la campana de La Salette: era el Ángelus; hice señas a Maximino de que elevara su alma a Dios. Se descubrió la cabeza y guardó un momento de silencio.

2.4 Después le dije: «¿Quieres comer? — Sí, me dijo. — Vamos.» Nos sentamos; saqué de mi saco las provisiones que me habían dado mis amos y, según mi costumbre, antes de empezar mi panecillo redondo, con la punta del cuchillo hice una cruz en el pan y en medio un agujerito, diciendo: «Si el diablo está ahí, que salga; y si el Buen Dios está ahí, que se quede»; y, deprisa, deprisa, tapé el agujerito.

2.5 Maximino soltó una gran carcajada y dio una patada a mi pan, que se me escapó de las manos, rodó hasta el pie de la montaña y se perdió. Yo tenía otro pedazo de pan; nos lo comimos juntos; después hicimos un juego; y luego, comprendiendo que Maximino debía de tener necesidad de comer, le indiqué un lugar de la montaña cubierto de frutillas.

2.6 Le animé a ir a comerlas, lo que hizo enseguida; comió y trajo el sombrero lleno. Por la tarde bajamos juntos la Montaña y nos prometimos volver a cuidar juntos nuestras vacas.

3 Al día siguiente, 19 de septiembre, me encuentro de nuevo en el camino con Maximino; subimos juntos la montaña. Me parecía que Maximino era muy bueno, muy sencillo, y que hablaba con gusto de aquello de lo que yo quería hablar; era también muy dócil, no se aferraba a su opinión; solo era un poco curioso, porque cuando yo me alejaba de él, en cuanto me veía parada, acudía deprisa a ver lo que hacía y a oír lo que decía a las flores del Buen Dios; y si no llegaba a tiempo, me preguntaba lo que había dicho.

3.2 Maximino me pidió que le enseñara un juego. La mañana ya estaba avanzada; le dije que juntara flores para hacer el Paraíso. Nos pusimos los dos a la obra; pronto tuvimos una cantidad de flores de diversos colores. Se oyó el Ángelus del pueblo, porque el cielo estaba hermoso, no había nubes.

3.3 Después de decirle al Buen Dios lo que sabíamos, dije a Maximino que debíamos llevar nuestras vacas a una pequeña meseta cerca del barranquito, donde habría piedras para construir el Paraíso.

3.4 Llevamos las vacas al lugar indicado y después tomamos nuestra pequeña comida; luego nos pusimos a cargar piedras y a construir nuestra casita, que consistía en una planta baja, que era, según decíamos, nuestra vivienda, y un piso encima que era, para nosotros, el Paraíso. Ese piso estaba todo adornado de flores de diferentes colores, con coronas colgadas de tallos de flores.

3.5 El Paraíso estaba cubierto por una sola piedra ancha, que habíamos cubierto de flores; también habíamos colgado coronas alrededor. Terminado el Paraíso, lo mirábamos; nos vino el sueño; nos alejamos de allí unos dos pasos y nos dormimos en la hierba.

4 La Bella Señora se sienta sobre nuestro Paraíso, sin hacerlo derrumbarse.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO II

✦

1 Al despertarme y no ver nuestras vacas, llamé a Maximino y subí al montículo. Desde allí, viendo que nuestras vacas estaban echadas tranquilamente, yo bajaba y Maximino subía, cuando súbitamente vi una hermosa luz, más brillante que el sol, y apenas pude decir estas palabras: «Maximino, ¿ves, allá abajo? ¡Ah! ¡Dios mío!»

1.2 Al mismo tiempo dejo caer el bastón que tenía en la mano. No sé qué cosa deliciosa pasaba en mí en ese momento, pero me sentía atraída, sentía un gran respeto lleno de amor, y mi corazón habría querido correr más deprisa que yo.

2 Yo miraba fijamente aquella luz, que estaba inmóvil, y, como si se hubiera abierto, vi otra luz mucho más brillante, que estaba en movimiento, y en esa luz una Señora muy hermosa, sentada sobre nuestro Paraíso, con la cabeza entre las manos.

2.2 Esa bella Señora se levantó, cruzó ligeramente los brazos mirándonos y nos dijo: «Acercaos, hijos míos, no tengáis miedo; estoy aquí para anunciaros una gran noticia.» Estas palabras dulces y suaves me hicieron volar hasta ella, y mi corazón habría querido pegarse a ella para siempre.

2.3 Llegada muy cerca de la bella Señora, delante de ella, a su derecha, ella empieza el discurso, y también comienzan a correr lágrimas de sus hermosos ojos.

3 «Si mi pueblo no quiere someterse, me veo obligada a dejar caer la mano de mi Hijo. Es tan fuerte y tan pesada que ya no puedo sostenerla.

4 «¡Cuánto tiempo hace que sufro por vosotros! Si quiero que mi Hijo no os abandone, tengo que rogarle sin cesar. Y vosotros no hacéis caso. Por más que recéis, por más que hagáis, nunca podréis recompensar el trabajo que me he tomado por vosotros.

5 «Os di seis días para trabajar, me reservé el séptimo, y no me lo quieren conceder. Eso es lo que hace tan pesado el brazo de mi Hijo.

6 «Los que conducen las carretas no saben hablar sin poner en medio el Nombre de mi Hijo. Son estas dos cosas las que hacen tan pesado el brazo de mi Hijo.

7 «Si la cosecha se echa a perder, es solo por culpa vuestra.

8 «Os lo hice ver el año pasado con las patatas; no hicisteis caso; al contrario, cuando las encontrabais estropeadas, jurabais y poníais en ello el Nombre de mi Hijo. Van a seguir estropeándose; en Navidad ya no habrá.»

9 Aquí yo trataba de interpretar la palabra pommes de terre (patatas); creía entender que significaba manzanas. La bella y buena Señora, adivinando mi pensamiento, prosiguió así:

10 «¿No entendéis, hijos míos? Os lo diré de otra manera.»

11 La traducción en francés es esta:

12 «Si la cosecha se echa a perder, es solo por vosotros; os lo hice ver el año pasado con las patatas, y no hicisteis caso; al contrario, cuando las encontrabais estropeadas, jurabais y poníais el Nombre de mi Hijo. Van a seguir estropeándose, y en Navidad ya no habrá.

13 «Si tenéis trigo, no hay que sembrarlo.

14 «Todo lo que sembréis, se lo comerán los animales; y lo que salga se volverá polvo cuando lo trilléis. Vendrá una gran hambre. Antes de que venga el hambre, los niños pequeños de menos de siete años tendrán un temblor y morirán en manos de las personas que los sostengan; los demás harán penitencia por el hambre. Las nueces se volverán malas; las uvas se pudrirán.»

15 Aquí, la bella Señora, que me arrebataba, estuvo un momento sin hacerse oír; yo veía, no obstante, que seguía moviendo graciosamente sus amables labios, como si hablara. Maximino recibía entonces su secreto. Después, dirigiéndose a mí, la Santísima Virgen me habló y me dio un secreto en francés. Este secreto, helo aquí entero, tal como ella me lo dio:

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO III

✦

1 «Melania, lo que voy a deciros ahora no será siempre secreto. Podréis publicarlo en 1858.

2 «Los sacerdotes, ministros de mi Hijo, los sacerdotes, por su mala vida, por sus irreverencias y su impiedad al celebrar los santos misterios, por el amor al dinero, el amor a los honores y a los placeres, los sacerdotes se han convertido en cloacas de impureza. Sí, los sacerdotes piden venganza, y la venganza está suspendida sobre sus cabezas. ¡Ay de los sacerdotes y de las personas consagradas a Dios que, por sus infidelidades y su mala vida, crucifican de nuevo a mi Hijo!

2.2 Los pecados de las personas consagradas a Dios claman al cielo y llaman la venganza, y he aquí que la venganza está a sus puertas, porque ya no se encuentra a nadie que implore misericordia y perdón para los pueblos. Ya no hay almas generosas, ya no hay nadie digno de ofrecer la Víctima sin mancha al Eterno en favor del mundo.

3 «Dios va a castigar de una manera sin ejemplo.

4 «¡Ay de los habitantes de la tierra! Dios va a agotar su cólera, y nadie podrá sustraerse a tantos males reunidos.

5 «Los jefes, los conductores del pueblo de Dios han descuidado la oración y la penitencia, y el demonio ha oscurecido su inteligencia. Se han convertido en esas estrellas errantes que el viejo diablo arrastrará con su cola para hacerlas perecer.

6 «Dios permitirá a la vieja serpiente sembrar divisiones entre los gobernantes, en todas las sociedades y en todas las familias. Se sufrirán penas físicas y morales; Dios abandonará a los hombres a sí mismos y enviará castigos que se sucederán durante más de 35 años.

7 «La sociedad está en vísperas de los azotes más terribles y de los mayores acontecimientos; hay que esperar ser gobernados con vara de hierro y beber el cáliz de la cólera de Dios.»

8 «Que el Vicario de mi Hijo, el Sumo Pontífice Pío IX, no salga más de Roma después del año 1859. Pero que sea firme y generoso. Que combata con las armas de la fe y del amor. Yo estaré con él.

9 «Que desconfíe de Napoleón. Su corazón es doble. Y cuando quiera ser a la vez papa y emperador, pronto Dios se retirará de él. Él es esa águila que, queriendo elevarse siempre, caerá sobre la espada de la que quería servirse para obligar a los pueblos a hacerlo subir.

10 «Italia será castigada por su ambición, por querer sacudir el yugo del Señor de los Señores. Por eso será entregada a la guerra. La sangre correrá por todas partes. Las iglesias serán cerradas y profanadas. Los sacerdotes, los religiosos serán expulsados; se les hará morir, y morir de una muerte cruel.

11 «Muchos abandonarán la fe, y el número de los sacerdotes y de los religiosos que se separarán de la verdadera religión será grande. Entre esas personas habrá incluso obispos.»

12 «Que el Papa se guarde de los hacedores de milagros, porque ha llegado el tiempo en que los prodigios más asombrosos tendrán lugar en la tierra y en los aires.

13 «En el año 1864, Lucifer, con un gran número de demonios, será desatado del infierno. Abolirán la fe poco a poco, e incluso en las personas consagradas a Dios. Las cegarán de tal manera que, a no ser por una gracia particular, esas personas tomarán el espíritu de esos ángeles malos. Muchas casas religiosas perderán completamente la fe y perderán muchas almas.

14 «Los malos libros abundarán sobre la tierra, y los espíritus de las tinieblas extenderán por todas partes una relajación universal en todo lo que concierne al servicio de Dios. Tendrán un poder muy grande sobre la naturaleza; habrá iglesias para servir a esos espíritus; algunas personas serán transportadas de un lugar a otro por esos espíritus malos, e incluso sacerdotes, porque no se habrán conducido por el buen Espíritu del Evangelio, que es un espíritu de humildad, de caridad y de celo por la gloria de Dios.

14.2 Se hará resucitar a muertos y a justos, es decir, que esos muertos tomarán la figura de las almas justas que habían vivido en la tierra, para seducir mejor a los hombres. Esos supuestos muertos resucitados, que no serán otra cosa que el demonio bajo esas figuras, predicarán otro evangelio, contrario al del verdadero Cristo Jesús, negando la existencia del Cielo, o también las almas de los condenados. Todas esas almas parecerán unidas a sus cuerpos.

14.3 Habrá en todos los lugares prodigios extraordinarios, porque la verdadera fe se ha apagado y la falsa luz alumbra el mundo. ¡Ay de los príncipes de la Iglesia que no se ocupen más que de amontonar riquezas sobre riquezas, de salvaguardar su autoridad y de dominar con orgullo!

15 «El Vicario de mi Hijo tendrá mucho que sufrir, porque, por un tiempo, la Iglesia será entregada a grandes persecuciones. Será el tiempo de las tinieblas; la Iglesia tendrá una crisis espantosa.

16 «Olvidada la santa fe de Dios, cada individuo querrá guiarse por sí mismo y ser superior a sus semejantes. Se abolirán los poderes civiles y eclesiásticos; todo orden y toda justicia serán pisoteados; no se verán más que homicidios, odio, envidias, mentiras y discordias, sin amor a la patria ni a la familia.

17 «El Santo Padre sufrirá mucho; yo estaré con él hasta el fin para recibir su sacrificio.

18 «Los malvados atentarán varias veces contra su vida, sin poder acortar sus días; pero ni él ni su sucesor... verán el triunfo de la Iglesia de Dios.

19 «Los gobernantes civiles tendrán todos un mismo designio, que será abolir y hacer desaparecer todo principio religioso, para dar lugar al materialismo, al ateísmo, al espiritismo y a toda clase de vicios.

20 «En el año 1865 se verá la abominación en los lugares santos. En los conventos, las flores de la Iglesia se pudrirán, y el demonio se hará como el rey de los corazones. Que los que están al frente de las comunidades religiosas tengan cuidado con las personas que deben recibir, porque el demonio usará de toda su malicia para introducir en las órdenes religiosas a personas entregadas al pecado; pues los desórdenes y el amor de los placeres carnales se extenderán por toda la tierra.

21 «Francia, Italia, España e Inglaterra estarán en guerra. La sangre correrá por las calles. El francés luchará con el francés, el italiano con el italiano; después habrá una guerra general que será espantosa. Por un tiempo Dios ya no se acordará de Francia ni de Italia, porque el Evangelio de Jesucristo ya no es conocido. Los malvados desplegarán toda su malicia. Se matarán, se masacrarán unos a otros hasta dentro de las casas.

22 «Al primer golpe de su espada fulminante, las montañas y la naturaleza entera temblarán de espanto, porque los desórdenes y los crímenes de los hombres atraviesan la bóveda de los Cielos. París será quemado y Marsella tragada. Varias grandes ciudades serán sacudidas y tragadas por terremotos. Se creerá que todo está perdido; no se verán más que homicidios, no se oirán más que ruidos de armas y blasfemias. Los justos sufrirán mucho. Sus oraciones, sus penitencias y sus lágrimas subirán hasta el Cielo, y todo el pueblo de Dios pedirá perdón y misericordia, y pedirá mi ayuda y mi intercesión.

22.2 Entonces Jesucristo, por un acto de su justicia y de su gran misericordia para con los justos, mandará a sus ángeles que todos sus enemigos sean muertos. Súbitamente, los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo y todos los hombres entregados al pecado perecerán, y la tierra quedará como un desierto. Entonces se hará la paz, la reconciliación de Dios con los hombres. Jesucristo será servido, adorado y glorificado; la caridad florecerá por todas partes. Los nuevos reyes serán el brazo derecho de la Santa Iglesia, que será fuerte, humilde, piadosa, pobre, celosa e imitadora de las virtudes de Jesucristo.

22.3 El Evangelio será predicado por todas partes, y los hombres harán grandes progresos en la fe, porque habrá unidad entre los obreros de Jesucristo y los hombres vivirán en el temor de Dios.

23 «Esta paz entre los hombres no será larga. Veinticinco años de cosechas abundantes les harán olvidar que los pecados de los hombres son la causa de todas las penas que suceden en la tierra.

24 «Un precursor del anticristo, con sus tropas de varias naciones, combatirá contra el verdadero Cristo, el único salvador del mundo. Derramará mucha sangre y querrá aniquilar el culto de Dios para hacerse tener por un Dios.

25 «La tierra será herida por toda clase de plagas; además de la peste y el hambre, que serán generales, habrá guerras hasta la última guerra, que harán entonces los diez reyes del anticristo, los cuales tendrán todos un mismo designio y serán los únicos que gobernarán el mundo. Antes de que esto suceda habrá una especie de falsa paz en el mundo. No se pensará más que en divertirse. Los malvados se entregarán a toda clase de pecados.

25.2 Pero los hijos de la santa Iglesia, los hijos de la fe, mis verdaderos imitadores, crecerán en el amor de Dios y en las virtudes que me son más queridas. ¡Dichosas las almas humildes conducidas por el Espíritu Santo! Combatiré con ellas hasta que lleguen a la plenitud de la edad.

26 «La naturaleza pide venganza contra los hombres y se estremece de espanto, esperando lo que debe suceder a la tierra manchada de crímenes.

27 «Temblad, tierra, y vosotros que hacéis profesión de servir a Jesucristo y que, por dentro, os adoráis a vosotros mismos, temblad, porque Dios va a entregaros a su enemigo, porque los lugares santos están en la corrupción. Muchos conventos ya no son las casas de Dios, sino los pastos de Asmodeo y de los suyos.

28 «Será durante este tiempo cuando nacerá el anticristo, de una religiosa hebrea, de una falsa virgen que tendrá comunicación con la vieja serpiente, el maestro de la impureza. Su padre será ob..... Al nacer vomitará blasfemias y tendrá dientes. En una palabra, será el diablo encarnado. Dará gritos

espantosos, hará prodigios. No se alimentará más que de impurezas. Tendrá hermanos que, aunque no sean como él demonios encarnados, serán hijos del mal. A los 12 años se harán notar por las valerosas victorias que obtendrán. Pronto estarán, cada uno, al frente de ejércitos, asistidos por legiones del infierno.

29 «Las estaciones cambiarán; la tierra no producirá más que malos frutos. Los astros perderán sus movimientos regulares; la luna no reflejará más que una débil luz rojiza. El agua y el fuego darán al globo de la tierra movimientos convulsivos y horribles terremotos, que harán tragar montañas, ciudades, etc.

30 «Roma perderá la fe y se convertirá en la sede del anticristo.

31 «Los demonios del aire, con el anticristo, harán grandes prodigios en la tierra y en los aires, y los hombres se pervertirán cada vez más. Dios cuidará de sus fieles servidores y de los hombres de buena voluntad. El Evangelio será predicado por todas partes. Todos los pueblos, todas las naciones tendrán conocimiento de la verdad.

32 «Dirijo un llamamiento apremiante a la tierra. Llamo a los verdaderos discípulos del Dios vivo que reina en los Cielos. Llamo a los verdaderos imitadores de Cristo hecho hombre, el único y verdadero Salvador de los hombres; llamo a mis hijos, a mis verdaderos devotos, a los que se han dado a mí para que yo los conduzca a mi divino Hijo, a los que llevo, por así decirlo, en mis brazos, a los que han vivido de mi Espíritu; en fin, llamo a los apóstoles de los últimos tiempos, a los discípulos fieles de Jesucristo, que han vivido en el desprecio del mundo y de sí mismos, en la pobreza y en la

humildad, en el desprecio y en el silencio, en la oración y en la mortificación, en la castidad y en la unión con Dios, en el sufrimiento, y desconocidos del mundo.

32.2 Es tiempo de que salgan y vengan a iluminar la tierra. Id y mostraos como mis hijos queridos. Estoy con vosotros y en vosotros, con tal de que vuestra fe sea la luz que os ilumine en estos días de desgracia. Que vuestro celo os haga como hambrientos de la gloria y del honor de Jesucristo. Combatid, hijos de la luz, vosotros, pequeño número que veis, porque he aquí el tiempo de los tiempos, el fin de los fines.

33 «La Iglesia será eclipsada, el mundo estará consternado. Pero he aquí a Henoc y Elías, llenos del espíritu de Dios; predicarán con la fuerza de Dios, y los hombres de buena voluntad creerán en Dios, y muchas almas serán consoladas; harán grandes progresos por la virtud del Espíritu Santo y condenarán los errores diabólicos del anticristo.

34 «¡Ay de los habitantes de la tierra! Habrá guerras sangrientas y hambres; pestes y enfermedades contagiosas. Habrá lluvias de un granizo espantoso de animales, truenos que sacudirán ciudades, terremotos que tragarán países. Se oirán voces en los aires. Los hombres se golpearán la cabeza contra los muros. Llamarán a la muerte, y por otro lado la muerte será su suplicio; la sangre correrá por todas partes. ¿Quién podrá vencer, si Dios no acorta el tiempo de la prueba? Por la sangre, las lágrimas y las oraciones de los justos, Dios se dejará doblegar. Henoc y Elías serán muertos.

34.2 La Roma pagana desaparecerá, y el fuego del cielo caerá y consumirá tres ciudades. El universo entero será presa del terror, y muchos se dejarán seducir porque no adoraron al verdadero Cristo que vivía entre ellos. Es tiempo; el sol se oscurece; ¡solo la fe vivirá!

[35] «He aquí el tiempo; el abismo se abre. He aquí el rey de los reyes de las tinieblas. He aquí la bestia con sus súbditos, diciéndose el salvador del mundo. Se elevará con orgullo por los aires para llegar hasta el Cielo. Será ahogado por el soplo de San Miguel Arcángel. Caerá, y la tierra, que desde hace tres días estará en continuas convulsiones, abrirá su seno lleno de fuego. Será hundido para siempre, con todos los suyos, en los abismos eternos del infierno. Entonces el agua y el fuego purificarán la tierra y consumirán todas las obras del orgullo de los hombres, y todo será renovado. Dios será servido y glorificado.»

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO IV

✦

1 Después la Santísima Virgen me dio también, en francés, la Regla de una nueva Orden religiosa.

2 Después de haberme dado la Regla de esa nueva Orden religiosa, la Santísima Virgen prosiguió así el Discurso:

3 «Si se convierten, las piedras y las rocas se convertirán en trigo, y las patatas se encontrarán sembradas por las tierras.

4 «¿Hacéis bien vuestra oración, hijos míos?»

5 Respondimos los dos: «¡Oh! no, Señora, no mucho.»

6 «¡Ah! hijos míos, hay que hacerla bien, por la noche y por la mañana. Cuando no podáis hacer más, decid un Padrenuestro y un Avemaría; y cuando tengáis tiempo y podáis hacer más, diréis más.

7 «No van a Misa más que algunas mujeres ya mayores; los demás trabajan todo el verano los domingos, y en invierno, cuando no saben qué hacer, solo van a Misa para burlarse de la religión. En cuaresma van a la carnicería como los perros.

8 «¿No habéis visto trigo estropeado, hijos míos?»

9 Los dos respondimos: «¡Oh! no, Señora.»

10 La Santísima Virgen, dirigiéndose a Maximino: «Pero tú, hijo mío, debes de haberlo visto una vez, cerca del Coin, con tu padre. El dueño del campo dijo a tu padre: Venga a ver cómo se estropea mi trigo. Fuisteis allí.

Tu padre tomó dos o tres espigas en la mano, las frotó, y se deshicieron en polvo. Después, cuando volvíais y estabais solo a media hora de Corps, tu padre te dio un pedazo de pan diciéndote: Toma, hijo mío, come este año, porque no sé quién comerá el año que viene, si el trigo se estropea así.»

11 Maximino respondió: «Es muy verdad, Señora, no me acordaba.»

12 La Santísima Virgen terminó su discurso en francés: «Pues bien, hijos míos, lo haréis llegar a todo mi pueblo.»

13 La bellísima Señora cruzó el arroyo y, a dos pasos del arroyo, sin volverse hacia nosotros, que la seguíamos (porque atraía hacia sí por su resplandor y más aún por su bondad, que me embriagaba y parecía derretirme el corazón), nos dijo otra vez:

14 «Pues bien, hijos míos, lo haréis llegar a todo mi pueblo.»

15 Después siguió caminando hasta el lugar adonde yo había subido para mirar dónde estaban nuestras vacas. Sus pies solo tocaban la punta de la hierba sin doblarla.

15.2 Llegada a la pequeña altura, la bella Señora se detuvo, y deprisa me puse delante de ella, para mirarla bien, bien, y tratar de saber qué camino estaba más inclinada a tomar; porque yo estaba perdida: había olvidado mis vacas y a los amos en cuya casa servía; me había apegado para siempre y sin condición a Mi Señora; sí, quería no dejarla nunca, nunca más; la seguía sin segundas intenciones y dispuesta a servirla mientras viviera.

15.3 Con Mi Señora creía haber olvidado el paraíso; no tenía más pensamiento que servirla bien en todo, y creía que habría podido hacer todo lo que Ella me hubiera dicho, porque me parecía que Ella tenía mucho poder.

Me miraba con una tierna bondad que me atraía hacia ella; yo habría querido lanzarme con los ojos cerrados en sus brazos. No me dio tiempo de hacerlo.

15.4 Se elevó insensiblemente de la tierra hasta una altura de un metro o más; y, quedando así suspendida en el aire un instantito, Mi bella Señora miró al cielo, después a la tierra a su derecha y a su izquierda, y luego me miró con ojos tan dulces, tan amables y tan buenos, que yo creía que Ella me atraía a su interior, y me parecía que mi corazón se abría al suyo.

15.5 Y mientras mi corazón se derretía en una dulce dilatación, la bella figura de Mi buena Señora desaparecía poco a poco; me parecía que la luz en movimiento se multiplicaba o se condensaba alrededor de la Santísima Virgen para impedirme verla más tiempo.

15.6 Así la luz ocupaba el lugar de las partes del cuerpo que desaparecían a mis ojos; o bien parecía que el cuerpo de Mi Señora se transformaba en luz al fundirse. Así la luz, en forma de globo, se elevaba suavemente en línea recta.

16 No puedo decir si el volumen de luz disminuía a medida que se elevaba, o si era la distancia la que hacía que yo viera disminuir la luz a medida que se elevaba; lo que sé es que me quedé con la cabeza levantada y los ojos fijos en la luz, incluso después de que esa luz, que iba siempre alejándose y disminuyendo de volumen, terminó por desaparecer.

17 Mis ojos se apartan del firmamento; miro a mi alrededor, veo a Maximino, que me miraba, y le digo: «Memín, debe de ser el Buen Dios de mi padre, o la Santísima Virgen, o alguna gran santa.» Y Maximino, lanzando la mano al aire, dijo: «¡Ah! ¡si lo hubiera sabido!»

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO V

✦

1 La tarde del 19 de septiembre volvimos un poco antes de lo acostumbrado. Al llegar a casa de mis amos, me ocupé de atar mis vacas y de poner todo en orden en el establo. No había terminado cuando mi ama vino a mí llorando y me dijo: «¿Por qué, hija mía, no vienes a contarme lo que te ha pasado en la montaña?»

1.2 (Maximino, no habiendo encontrado a sus amos, que aún no habían vuelto de sus trabajos, había venido a casa de los míos y había contado todo lo que había visto y oído.) Le respondí: «Quería contárselo, pero quería terminar antes mi trabajo.»

1.3 Un momento después entré en la casa, y mi ama me dijo: «Cuenta lo que has visto; el pastor de Bruite (era el apodo de Pierre Selme, amo de Maximino) me lo ha contado todo.»

1.4 Empiezo, y hacia la mitad del relato llegaron mis amos de sus campos; mi ama, que lloraba al oír las quejas y las amenazas de nuestra tierna Madre, dijo: «¡Ah! queríais ir a recoger el trigo mañana; guardaos muy bien de ello; venid a oír lo que les ha pasado hoy a esta niña y al pastor de Selme.» Y volviéndose hacia mí, dijo: «Vuelve a contar todo lo que me has dicho.»

1.5 Vuelvo a empezar; y cuando terminé, mi amo dijo: «Es la Santísima Virgen, o bien una gran Santa, que ha venido de parte del Buen Dios; pero es como si el Buen Dios hubiera venido en persona: hay que hacer todo lo que esa Santa ha dicho. ¿Cómo vas a hacer para decir eso a todo su pueblo?» Le respondí: «Usted me dirá cómo debo hacerlo, y lo haré.»

1.6 Después añadió, mirando a su madre, a su mujer y a su hermano: «Hay que pensarlo.» Luego cada uno volvió a sus quehaceres.

2 Era después de la cena. Maximino y sus amos vinieron a casa de los míos para contar lo que Maximino les había dicho y para saber qué había que hacer: «Porque, dijeron, nos parece que es la Santísima Virgen la que ha sido enviada por el Buen Dios; las palabras que Ella dijo lo hacen creer. Y Ella les dijo que lo hicieran llegar a todo su pueblo; tal vez estos niños tengan que recorrer el mundo entero para dar a conocer que todos deben observar los mandamientos del Buen Dios; si no, grandes desgracias van a caer sobre nosotros.»

2.2 Tras un momento de silencio, mi amo dijo, dirigiéndose a Maximino y a mí: «¿Sabéis lo que debéis hacer, hijos míos? Mañana levantaos temprano, id los dos al señor Cura y contadle todo lo que habéis visto y oído; decidle bien cómo pasó la cosa; él os dirá lo que tenéis que hacer.»

3 El 20 de septiembre, día siguiente a la aparición, salí temprano con Maximino. Al llegar a la casa parroquial, llamo a la puerta. La criada del señor Cura vino a abrir y preguntó qué queríamos. Le dije en francés (yo, que nunca lo había hablado): «Quisiéramos hablar con el señor Cura.»

3.2 — «¿Y qué queréis decirle?», nos preguntó. — «Queremos decirle, señorita, que ayer fuimos a cuidar nuestras vacas a la montaña de los Baisses y, después de comer, etc., etc.» Le contamos buena parte del discurso de la Santísima Virgen. Entonces sonó la campana de la iglesia; era el último toque de la Misa.

3.3 El abate Perrin, cura de La Salette, que nos había oído, abrió su puerta con estrépito: lloraba; se golpeaba el pecho; nos dijo: «Hijos míos, estamos perdidos, el Buen Dios va a castigarnos. ¡Ah! Dios mío, ¡es la Santí-

sima Virgen la que se os ha aparecido!» Y salió a decir la santa Misa.

3.4 Nos miramos Maximino, la criada y yo; después Maximino me dijo: «Yo me voy a casa de mi padre, a Corps.» Y nos separamos.

4 No habiendo recibido orden de mis amos de volver enseguida después de hablar con el señor Cura, creí no hacer mal asistiendo a la Misa. Fui, pues, a la iglesia.

4.2 Comienza la Misa y, después del primer Evangelio, el señor Cura se vuelve hacia el pueblo e intenta contar a sus feligreses la aparición que acababa de tener lugar la víspera en una de sus montañas, y les exhorta a no trabajar más los domingos: su voz estaba entrecortada por sollozos, y todo el pueblo estaba conmovido. Después de la santa Misa volví a casa de mis amos.

4.3 El señor Peytard, que todavía hoy es alcalde de La Salette, fue allí a interrogarme sobre el hecho de la aparición; y, después de asegurarse de la verdad de lo que le decía, se retiró convencido.

5 Seguí al servicio de mis amos hasta la fiesta de Todos los Santos. Después me pusieron como pensionista en casa de las religiosas de la Providencia, en mi tierra, en Corps.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO VI

✦

1 La Santísima Virgen era muy alta y bien proporcionada; parecía tan ligera que con un soplo se la habría hecho moverse; no obstante, estaba inmóvil y bien asentada. Su fisonomía era majestuosa, imponente, pero no como lo son los señores de este mundo. Inspiraba un temor respetuoso. Al mismo tiempo que Su Majestad inspiraba un respeto mezclado de amor, atraía hacia sí.

1.2 Su mirada era dulce y penetrante; sus ojos parecían hablar con los míos, pero la conversación venía de un profundo y vivo sentimiento de amor hacia aquella belleza arrebatadora que me derretía.

1.3 La dulzura de su mirada, su aire de bondad incomprensible hacían comprender y sentir que atraía hacia sí y quería darse; era una expresión de amor que no puede expresarse con la lengua de carne ni con las letras del alfabeto.

2 El vestido de la Santísima Virgen era blanco plateado y todo brillante; no tenía nada de material: estaba compuesto de luz y de gloria, cambiante y centelleante. En la tierra no hay expresión ni comparación que dar.

3 La Santísima Virgen era toda hermosa y toda formada de amor; al mirarla, yo languidecía por fundirme en ella. En sus atavíos, como en su persona, todo respiraba la majestad, el esplendor, la magnificencia de una Reina incomparable.

3.2 Parecía bella, blanca, inmaculada, cristalizada, deslumbrante, celestial, fresca, nueva como una Virgen; parecía que la palabra Amor se escapaba de sus labios plateados y purísimos. Me parecía una buena Madre,

llena de bondad, de amabilidad, de amor por nosotros, de compasión, de misericordia.

4 La corona de rosas que tenía en la cabeza era tan bella, tan brillante, que no puede uno hacerse una idea; las rosas, de diversos colores, no eran de la tierra: era una reunión de flores que rodeaban la cabeza de la Santísima Virgen en forma de corona; pero las rosas cambiaban o se reemplazaban; y del corazón de cada rosa salía una luz tan bella que arrebataba y daba a las rosas una belleza resplandeciente. De la corona de rosas se elevaban como ramas de oro y una cantidad de otras florecillas mezcladas con brillantes.

5 El conjunto formaba una bellísima diadema, que brillaba por sí sola más que nuestro sol de la tierra.

6 La Santísima Virgen tenía una Cruz muy bonita colgada del cuello. Esa Cruz parecía dorada; digo dorada para no decir una plancha de oro, porque he visto a veces objetos dorados con diversos matices de oro, lo que a mis ojos hacía un efecto mucho más hermoso que una simple plancha de oro.

6.2 Sobre esa hermosa Cruz toda brillante de luz había un Cristo, era Nuestro Señor, con los brazos extendidos sobre la Cruz. Casi en los dos extremos de la Cruz, de un lado había un martillo, del otro unas tenazas.

6.3 El Cristo era del color natural de la carne; pero brillaba con un gran resplandor, y la luz que salía de todo su cuerpo parecía como dardos muy brillantes que me partían el corazón con el deseo de fundirme en él.

6.4 A veces el Cristo parecía estar muerto: tenía la cabeza inclinada, y el cuerpo estaba como abatido, como si fuera a caer, si no hubiera estado sujeto por los clavos que lo sujetaban a la Cruz.

7 Yo sentía por él una viva compasión y habría querido repetir al mundo entero su amor desconocido e infundir en las almas de los mortales el amor más sentido y la gratitud más viva hacia un Dios que de ningún modo tenía necesidad de nosotros para ser lo que es, lo que era y lo que será siempre; y no obstante, ¡oh amor incomprensible para el hombre!, se hizo hombre y quiso morir, sí, morir, para escribir mejor en nuestras almas y en nuestra memoria el amor loco que nos tiene. ¡Oh! ¡qué desdichada soy de encontrarme tan pobre de expresión para repetir el amor, sí, el amor de nuestro buen Salvador por nosotros! pero, por otro lado, ¡qué dichosos somos de poder sentir mejor lo que no podemos expresar!

8 Otras veces el Cristo parecía vivo: tenía la cabeza erguida, los ojos abiertos, y parecía estar en la Cruz por su propia voluntad. A veces también parecía hablar; parecía querer mostrar que estaba en la Cruz por nosotros, por amor a nosotros, para atraernos a su amor; que siempre tiene un amor nuevo por nosotros; que su amor del principio y del año 33 es siempre el de hoy y lo será siempre.

9 La Santísima Virgen lloró casi todo el tiempo que me habló. Sus lágrimas corrían una a una, lentamente, hasta cerca de las rodillas; luego, como chispas de luz, desaparecían. Eran brillantes y llenas de amor. Yo habría querido consolarla, y que Ella no llorara más. Pero me parecía que Ella necesitaba mostrar sus lágrimas para mostrar mejor su amor olvidado por los hombres.

9.2 Habría querido echarme en sus brazos y decirle: «Mi buena Madre, ¡no lloréis! quiero amaros por todos los hombres de la tierra.» Pero me parecía que Ella me decía: «¡Hay tantos que no me conocen!»

10 Yo estaba entre la muerte y la vida, viendo por un lado tanto amor, tanto deseo de ser amada, y por otro tanta frialdad, tanta indiferencia... ¡Oh! madre mía, Madre toda, toda bella y toda amable, amor mío, ¡corazón de mi corazón!...

11 Las lágrimas de nuestra tierna Madre, lejos de disminuir su aire de Majestad, de Reina y de Señora, parecían, al contrario, embellecerla, hacerla más amable, más bella, más poderosa, más llena de amor, más maternal, más arrebatadora; y yo me habría comido sus lágrimas, que hacían saltar mi corazón de compasión y de amor.

11.2 Ver llorar a una Madre, y a una Madre así, sin tomar todos los medios imaginables para consolarla, para cambiar sus dolores en alegrías, ¿se comprende eso? ¡Oh Madre más que buena!

11.3 Fuisteis formada con todas las prerrogativas de que Dios es capaz; habéis como agotado el poder de Dios; sois buena, y buena con la bondad de Dios mismo; Dios se engrandeció al formaros, su obra maestra terrestre y celestial.

12 La Santísima Virgen tenía un delantal amarillo. ¿Qué digo, amarillo? Tenía un delantal más brillante que varios soles juntos. No era una tela material, era un compuesto de gloria, y esa gloria era centelleante y de una belleza arrebatadora. Todo en la Santísima Virgen me llevaba fuertemente y me hacía como deslizarme a adorar y a amar a mi Jesús en todos los estados de su vida mortal.

13 La Santísima Virgen tenía dos cadenas, una un poco más ancha que la otra. De la más estrecha colgaba la Cruz de la que he hablado antes. Esas cadenas (ya que hay que darles el nombre de cadenas) eran como rayos de gloria de un gran resplandor, cambiante y centelleante.

14 Los zapatos (ya que hay que decir zapatos) eran blancos, pero de un blanco plateado brillante; había rosas alrededor. Esas rosas eran de una belleza deslumbrante, y del corazón de cada rosa salía una llama de luz muy bella y muy agradable de ver. Sobre los zapatos había una hebilla de oro, no de oro de la tierra, sino del oro del paraíso.

15 La vista de la Santísima Virgen era en sí misma un Paraíso cumplido; Ella tenía en sí todo lo que podía satisfacer, porque la tierra estaba olvidada.

16 La Santísima Virgen estaba rodeada de dos luces. La primera luz, más cerca de la Santísima Virgen, llegaba hasta nosotros; brillaba con un resplandor muy hermoso y centelleante. La segunda luz se extendía un poco más alrededor de la Bella Señora, y nosotros nos encontrábamos en ella; era inmóvil (es decir, no centelleaba), pero mucho más brillante que nuestro pobre sol de la tierra. Todas esas luces no hacían daño a los ojos ni cansaban en absoluto la vista.

17 Además de todas esas luces, de todo ese esplendor, salían todavía grupos o haces de luz, o rayos de luz, del Cuerpo de la Santísima Virgen, de sus vestidos y de todas partes.

18 La voz de la Bella Señora era dulce; encantaba, arrebataba, hacía bien al corazón; saciaba, allanaba todos los obstáculos, calmaba, suavizaba. Me parecía que habría querido comer siempre de su hermosa voz, y mi corazón parecía bailar o querer ir a su encuentro para derretirse en ella.

19 Los ojos de la Santísima Virgen, nuestra tierna Madre, no pueden describirse con lengua humana. Para hablar de ellos haría falta un serafín; haría falta más: el lenguaje de Dios mismo, de ese Dios que formó a la Virgen In-

maculada, obra maestra de su omnipotencia.

20 Los ojos de la augusta María parecían mil y mil veces más bellos que los brillantes, los diamantes y las piedras preciosas más buscadas; brillaban como dos soles; eran dulces de la dulzura misma, claros como un espejo. En sus ojos se veía el paraíso; atraían hacia Ella; parecía que Ella quería darse y atraer. Cuanto más la miraba, más quería verla; cuanto más la veía, más la amaba, y la amaba con todas mis fuerzas.

21 Los ojos de la bella Inmaculada eran como la puerta de Dios, desde donde se veía todo lo que puede embriagar el alma. Cuando mis ojos se encontraban con los de la Madre de Dios, yo sentía dentro de mí misma una feliz revolución de amor y de protestas de amarla y de derretirme de amor.

22 Al mirarnos, nuestros ojos se hablaban a su manera, y yo la amaba tanto que habría querido besarla en medio de sus ojos, que enternecían mi alma y parecían atraerla y fundirla con la suya. Sus ojos me sembraron un dulce temblor en todo mi ser, y temía hacer el menor movimiento que pudiera serle desagradable por poco que fuera.

23 La sola vista de los ojos de la más pura de las Vírgenes habría bastado para ser el Cielo de un bienaventurado; habría bastado para hacer entrar a un alma en la plenitud de las voluntades del Altísimo en todos los acontecimientos que suceden en el curso de la vida mortal; habría bastado para hacer que esa alma hiciera continuos actos de alabanza, de agradecimiento, de reparación y de expiación. Esa sola vista concentra el alma en Dios y la vuelve como una muerta viva, que no mira todas las cosas de la tierra, aun las que parecen más serias, sino como juegos de niños; no querría oír hablar más que de Dios y de lo que toca a su Gloria.

[24] El pecado es el único mal que Ella ve en la tierra. Moriría de dolor si Dios no la sostuviera. Amén.

[25] Castellammare, 21 de noviembre de 1878. María de la Cruz, Víctima de Jesús, nacida Melania Calvat, Pastora de La Salette. Nihil obstat: imprimatur. Dado en Lecce, en la Curia Episcopal, el 15 de noviembre de 1879. El Vicario General, Carmelo Arcipreste Cosma.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0